

A LA VUELTA DE LA ESQUINA

EDMOND JABÈS (1912 - 1991)

La muerte de Edmond Jabès ocurrida hace unos pocos días pone fin a una de las existencias más coherentes y a una de las escrituras más enigmáticas de este siglo. Nacido en El Cairo el 16 de abril de 1912, Jabès pertenece a esa estirpe radical de escritores que empiezan a desaparecer justamente cuando el mundo más los necesita. Decir, por ejemplo, que la escritura de Jabès es una escritura desértica no es utilizar una metáfora minimizante, ni siquiera se trata de un tropo literario. Jabès lo explica: "Con frecuencia me quedaba solo en el desierto cuarenta y ocho horas. No llevaba conmigo libros sino tan sólo una simple manta. En parejo silencio, la proximidad de la muerte se hace sentir de modo tal que parece difícil poder soportar nada más terrible. Por haber nacido en el desierto, sólo los nómadas pueden resistir una presión de semejante intensidad". Y es en esta cercanía o en esta proximidad que comienza a armarse la estructura escritural de Jabès. El desierto es un telón de fondo de máxima amplitud donde todo puede ocurrir en relación a la identidad. Si la máxima de Keats pudiera valer en todo su esplendor (una sentencia cara a los escritores del siglo XX) se ubicaría con facilidad en la escritura de Jabès: "Los poetas no tienen identidad". Ese efecto de despersonalización transforma toda escritura en virtualidad. Nacida en un espacio virtual no es pensable una escritura categórica. Esto explica el éxito de uno de los grandes libros de Jabès: *Le livre des questions*. En esta metáfora encarnada que es el desierto para Jabès, ¿qué puede alcanzar la precisión de la pregunta? Y son, claro, solamente eso: preguntas que no pueden tener una conclusión sino abrir un espacio a nuevas y mayores interrogantes. Y es en este tejido de derivaciones, en que una palabra o una frase siempre lleva a otra —una escritura que no puede concluir— donde se arma el esquema de la ambición de Jabès: la ambición del Libro, con mayúsculas. Parecería claro aquí el eco de la proposición mallar-

meana del libro como sustitución del mundo. Pero, al contrario del maestro de Valvins, el Libro para Jabès no sólo se plantea como una sustitución o, si lo es, lo es únicamente en parte: el mundo es una vía de acceso al Libro, pero este último no opera como metáfora del primero. La escritura, en este caso, no es una parte de naufragio donde el acto de escribir termina en fracaso. Mallarmé era todavía un demiurgo, y la jugada de la creación era a todo o nada. Jabès es más humilde: es un agente, un *hablado* por la palabra que no tiene la última decisión en sus manos. A dados de Mallarmé, dedos de Jabès. La propuesta mallarmeana es todavía demasiado occidental y *Un coup de dés* se sitúa en el mismo plano de la creación. Por su parte, al no interferir en la creación, Jabès no puede ponerla en jaque. De ahí las voces, el sentido de las voces para Jabès que nos devuelve nuevamente al espacio del desierto real. ¿Que más es posible en el desierto que escuchar? El yo mallarmeano se ha vuelto elíptico en el texto poético pero esa desaparición es meramente táctica: se trata de resaltar el cuerpo del lenguaje. Para Jabès la distinción es sagrada: no hay *persona*, lo que hay es murmullo, un continuo susurro de palabras que tarde o temprano nos llevarán a la palabra. Para acabar con el paralelismo basta decir: Mallarmé concluye su aventura poética con el vacío; Jabès empieza con él.

El desierto como escritura pero no la escritura como desierto. En todo caso, la estrategia de *desertificar* para entrever el sentido. Y desertificar: llevar la periferia al centro. Pocas veces una escritura tan *marginal* como la de Jabès se ha situado en el centro mismo del problema de la escritura. Arena, viento, huellas, borradora son partes de una totalidad frágil a punto de desaparecer: la escritura. Una escritura territorial que procede por ausencia: la convicción de que, si bien todos los libros están por ser escritos, todas las escrituras están por convertirse en libro. ¿Faltó decir que Jabès, además, era judío?

EDUARDO MILÁN

REINALDO ARENAS

Nuestro amigo y colaborador Reinaldo Arenas se suicidó el pasado diciembre en Nueva York. Reproducimos el texto publicado por el crítico cubano Armando Álvarez Bravo en el Miami Herald al día siguiente y —como era deseo de Arenas— la carta con que el novelista se despidió de sus amigos.

Arenas, de 47 años, sufría del síndrome de inmunodeficiencia adquirida (SIDA). Fuentes allegadas aseguraron que dejó un testamento pidiendo que sus restos fueran cremados. También señalaron que escribió notas para la prensa de Nueva York y Miami, cuyo contenido no ha sido revelado por hallarse en poder de las autoridades.

Colchie supo de la muerte de Arenas cuando trató de localizarlo para decirle que un amigo cubano, admirador de sus obras, había ofrecido traerlo a la Florida para que pasara aquí sus últimos días.

"Reinaldo me dijo que él no quería regresar al hospital, sino pasar sus días finales en la playa", dijo Colchie. "Cuando traté de decirle que sus deseos se habían realizado ya era demasiado tarde".

Su muerte interrumpe la obra de una de las figuras centrales de las letras latinoamericanas de este medio siglo.

"Era un caso extraordinario como persona. Nació en un caserío cerca de Holguín que se llama Aguas Claras. De Aguas Claras a la literatura de Reinaldo Arenas hay una gran distancia. El hecho de que la recorriera en tan poco tiempo es realmente notable", dijo en Londres el novelista cubano Guillermo Cabrera Infante.

Nacido en Holguín, provincia de Oriente, el 16 de julio de 1943, cuando era adolescente marchó a La Habana, en cuya universidad estudió Filosofía y Letras. También trabajó en la Biblioteca Nacional "José Martí". En 1967 recibió el premio de novela de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) por su obra *Celestino antes del alba*.

Su obra fue prohibida luego por las autoridades cubanas. En 1969 se editó

en México su novela *El mundo alucinante*, que ganó el Premio Medici en Francia como la mejor novela extranjera de ese año. Acusado de haber sacado clandestinamente de Cuba tres de sus libros, publicados en el extranjero, fue confinado a la prisión de El Morro, de 1974 a 1976. En 1980 vino a Estados Unidos por el puente marítimo Mariel - Cayo Hueso y se estableció en Nueva York. Su producción literaria ha sido traducida al inglés, francés, alemán, italiano, portugués, polaco, japonés, turco, finlandés y sueco. Obtuvo las becas Cintas y Guggenheim, y enseñó literatura en la Universidad Internacional de la Florida y en el Centro de Relaciones Interamericanas de Nueva York.

Desde su llegada a este país, vivió con modestos recursos durante muchos años. Al morir, vivía en un pequeño apartamento del sexto piso de un edificio sin ascensor, en una sección del West Side conocida como La Cocina del Infierno.

Presenta su fin desde hacía varios meses y vivía prácticamente aislado. El pasado abril dijo que en todos sus proyectos literarios tenía que "incluir la tumba". "Mi muerte haría que mi obra se difundiera más, porque después de muerto a uno le perdonan los defectos", expresó.

Arenas decía que había comenzado a escribir muy joven y quería apresurarse para dejar una obra e irse de este mundo lo antes posible. Durante los últimos meses, su máxima preocupación era finalizar dos proyectos. Trabajaba incansablemente para concluirlos y revisar lo escrito. El primer proyecto era la publicación íntegra de cinco novelas sobre el siglo xx cubano: *Celestino antes del alba*, *El palacio de las blanquísimas moquetas*, *Otra vez el mar*, *El color del verano* y *El asalto*. Los manuscritos de estas dos últimas obras fueron recibidas hace dos semanas por su editor en Miami, Juan Manuel Salvat.

El segundo proyecto era la trilogía poética *Leprosorio*, compuesta por *El Central* (ya publicado), *Morir en junio* y *con la lengua afuera* y *Leprosorio*.

Su vocación tuvo en él las dimensiones de una pasión incontrolable. El éxito temprano que le deparó su primera novela *Celestino antes del alba*, la censura, la prisión, la confiscación y pérdida de manuscritos, el hostigamiento de las autoridades, la miseria y el desamparo total que sufrió en Cuba no impidieron que continuase escribiendo.

Sus últimos diez años tampoco fueron fáciles. Recordaba que en Cuba fue simplemente un burócrata y después una no persona, pero que lejos de allí tuvo que "soportar las penalidades espantosas de vivir en el exilio".

Esas penalidades comenzaban para él con su propia condición de exiliado. Manifestaba que ese *status* le permitía decir que, por lo menos, era un escritor, pero que vivir fuera de su patria era una cosa siniestra.

Escribir fue para Arenas un acto de rebeldía e irreverencia cuyas consecuencias nunca rehuyó. En Cuba, pagó el precio de esta actitud con la prisión y el ostracismo. En el exilio, dijo, "se paga con la indiferencia que se padece".

"En realidad, siempre fue un fugitivo. Además de ser un hombre muy valiente, como lo demuestra su suicidio", indicó Cabrera Infante. "En vez de esperar a una muerte atroz, decidió encontrarla".

Arenas opinaba que uno de los problemas más graves que enfrenta el escritor exiliado es el de la publicación. Este hecho, que le resultaba irónico, lo achacaba al control de "una izquierda festiva" sobre las grandes editoriales y los concursos.

Algunas de sus obras no fueron publicadas originalmente en español, sino en traducciones. Tal es el caso de su novela *El portero*, aclamada unánimemente por la crítica francesa. Esta era la novela suya que más le satisfacía. Formaba parte de lo que llamaba una literatura de la nostalgia. Según él, respondía al reto de escribir una novela en el exilio y, a la vez, llevar a un plano universal las angustias y desolación de un personaje cubano.

A pesar del tiempo que dedicaba a su obra, no desdeñó la actividad política. Consideraba que su deber era ayudar a los cubanos en la isla, a la que calificaba como una "carcel controlada por Fidel Castro".

Al valorar las consecuencias de sus apasionadas y polémicas opiniones manifestó: "Esa actividad me ha traído muchos problemas con el mismo exilio y con la izquierda internacional, que me han tratado de censurar por todos los medios y, de hecho, lo ha logrado".

La intensidad, la vehemencia, la furia y la irreverencia eran para muchos los signos de identidad visibles de Arenas. La realidad de esa imagen es innegable, pero tras ella existía otra no menos fundamental: la de un hombre solitario al

Queridos amigos:

Debido al estado precario de mi salud y a la terrible depresión sentimental que siento al no poder seguir escribiendo y luchando por la libertad de Cuba, pongo fin a mi vida. En los últimos años, aunque me sentía muy enfermo, he podido terminar mi obra literaria en la cual he trabajado por casi treinta años. Les dejo pues como legado todos mis terrores, pero también las esperanzas de que pronto Cuba será libre. Me siento satisfecho con haber podido contribuir aunque modestamente al triunfo de esa libertad. Pongo fin a mi vida voluntariamente porque no puedo seguir trabajando. Ninguna de las personas que me rodean están comprometidas en esta decisión. Sólo hay un responsable: Fidel Castro. Los sufrimientos del exilio, las penas del destierro, la soledad y las enfermedades que haya podido contraer en el destierro seguramente no las hubiera sufrido de haber vivido libre en mi país.

Al pueblo cubano tanto en el exilio como en la isla los exhorto a que sigan luchando por la libertad. Mi mensaje no es un mensaje de derrota, sino de lucha y esperanza. Cuba será libre. Yo ya lo soy.

Firmado,

REINALDO ARENAS

que le apasionaba la lectura. Su curiosidad, su voracidad de conocimiento eran insaciables, y su capacidad de concentración y trabajo excepcionales.

Discutidor y polemista, tan infatigable como intransigente, era en la intimidad un conversador lleno de ideas y preocupaciones, que expresaba con una mezcla de amable y sosegada lucidez y, muchas veces, con un humor que tenía mucho de doloroso.

Arenas dejó una extensa obra. Además de los títulos mencionados, publicó el volumen de ensayos *Necesidad de libertad*; los poemas recogidos en *Voluntad de vivir manifestándose*; la colección de obras teatrales *Persecución*; los libros de cuentos *Con los ojos cerrados* y *Termina el desfile*, la novela *La loma del ángel*; tres noveletas agrupadas bajo el título *Viaje a La Habana*; y el relato *Arturo, la estrella más brillante*. Entre sus obras inéditas dejó su autobiografía.

En sus novelas subyace un fondo histórico y social. Comentaba que escribía "desde una suerte de inspiración, y no desde una meta burocrática. Parto de la poesía, que es la fuente de toda la belleza, y escribo bajo la inspiración, bajo una furia. Entonces mis personajes se convierten en metáforas".

Para la escritora cubana Lydia Cabrera, definir la importancia literaria de Arenas "es muy sencillo". "Tenía mucho talento. Eso lo abarca todo."

Al escritor le sobrevive su madre, que vive en Cuba.

Meses antes de su muerte, Arenas dijo que su mayor ambición era que su obra se pudiera publicar, que no se perdiera y que llegara a un público sensible.

En esa ocasión formuló una brevisima ficha biográfica que hoy le servirá de epítapho: "Vivió y murió como lo que deseaba ser, un espíritu burlón".

ARMANDO ÁLVAREZ BRAVO

CRONOPIO INAGOTADO Y FAMA VELEIDOSA

Al filo de estos ya desopilantes noventa que se desovillan poco a poco, varios autores latinoamericanos con sus libros de más descoladura, libros protagónicos del exactamente onomatopéyico boom literario sonado en esta comarca, completan una vuelta de tiempo. Una torsión de alrededor de un cuarto de siglo, poco más.

Es la situación de Julio Cortázar, que desde su desaparición física en 1984, empezó a ser pasto de ese olvido que es la lectura en agotamiento, la lectura inactualizada e indiscerniente, la lectura impartida por una cierta fidelidad a ciertos "buenos tiempos". Su proporción grande y de difícil impugnación como escritor va medida, desde sus días de auge, por la mayoría de sus libros. Obras que obran todavía en las bases de las literaturas que ensayan erigimiento ahora entre nosotros, digo entre quienes escriben en español de este lado.

En la última etapa de su vida, Cortázar vivió en su turno un arrobó sandinista (¡ah, la rabona Utopía!) que le llevó a otras reputaciones —buenas o malas, según el bando o la banda—, diversas de la literatura que tanto tensaba él en su mejor época. Como quiera, ya incluso entonces, las cosas no marchaban las mismas del todo. El boom se había tornado, gradualmente o de golpe, en un ¡flop! de seducción inmarcesible pero tardosa de reflejos y burda de reflectores. Pero sin importancia de ello, Cortázar como creador no fue abatido. ¿Pero qué fue del *Bestiario*, de *Las armas secretas*, de las *Historias de Cronopios y de Famas* —¿de *Rayuela*!—? ¿Qué le hubo a la lectura de tantos titanes libros como fueron?

Bueno, los rimeros de *Rayuelas* en las librerías acusan, circunspectos y habitados, la frecuentación de Cortázar por los lectores, o por lo menos de parte de la gente que compra libros. Por ejemplo, las nuevas ediciones de los libros del escritor argentino que está produciendo la Editorial Alfaguara, ya van ordenando sus propias ristras en escaparates y mesas libreras. Recientemente, salieron a la venta *Rayuela* y dos obras póstumas bajo el sello de esa casa. Estas últimas son *Divertimento* y *El examen*, de 1949 y 1950 respectivamente. Y

tienen, además de su neto atractivo para rayuelófilos, la oportunidad de revisar los expedientes de lectura de uno de los autores del sacro apogeo latinoamericano de las letras sesentinas. Pero no cualquier autor sino uno que no supo de dogmatismos literarios y que convirtió al juego a una literatura que sabía jugar poquísimos.

Ahí están, pues, tales dos obras de sobregiro a la muerte, pero quizás de interesante reciclo para la vida de la obra cortazariana. Con mayor razón por tratarse de dos novelas que anudan las serpentinatas matamórficas del mundo de este escritor.

MOROS CON TRANCHETE

Los moros de la expresión son por cierto, aun en dominios no de Rodrigo sino de Carlomagno, los mismos malos a quienes Dios ayuda cuando son más que los buenos. En cambio la cuchilla de zapatero llamada tranchete (del francés *trancher*, cortar) no es en la historia sino un predecible engaño del oído.

De Carlos Martel a Pipino el Breve y a Roldán, las glorias bélicas de tres generaciones francas descansan en el humilde guerrero de a pie, esas sufridas infanterías nombradas por la eficaz hachuela (*bachette*) que es su arma distintiva.

Siglos más tarde la trágica memoria de Roncesvalles traspone los Pirineos convertida en cantar de gesta. Sólo que el capricho del juglar —o acaso un astuto giro de eclesiástico origen— ha vuelto sarracenos a los vascones, y la misma adición de la dicción que mucho más tarde convertirá a Cuzuhñhuac en Cuernavaca, ha degradado en símbolo de alarma medrosa e injustificada los épicos versos de Turolodus sobre las legendarias luchas de los moros contra *bachettes*.

GUILLERMO FÁRBER

